

funda Diego Fernández de Cerpa, por Real Cédula de Felipe II. Capitán General de la Nueva Andalucía, fundándola con 60 matrimonios, traídos por él el 24 de noviembre de 1569, con el nombre de Santa Inés de Cumaná a orillas del Río Manzanares, ciudad de terremotos. Según Humboldt fue una isla que se unió al Continente.

Para el siglo XVIII tiene una sociedad bastante culta aficionada a las letras, artes y música, con algo de la gracia andaluza. Ciudad mártir por los terremotos y en la independencia la que más sufrió de tres hordas realistas de Antoñanzas, Cerveriz, Boves. Por esto hizo héroes a Mariño, Bernando y Don Francisco Bermúdez, Arismendi, Isava, Ascue, y Antonio José de Sucre, cuya familia forma la trilogía de las tres familias que más sufrieron de la Independencia de Venezuela: Los Rivas, los Sucre y los Tovar.

Caracas, 4 de junio 1980.

SIMON RODRIGUEZ, CONCEPTUOSO Y BATALLADOR

Por ADOLFO SALVI

Caracas, febrero de 1980. Múltiples y diversos son los aspectos que presenta la vida de Simón Rodríguez; pero el más atrayente de todos ellos es el que le define y distingue como singular pedagogo, maestro siempre, debido al concepto que se creara de que sin ciudadanos debidamente preparados las jóvenes Repúblicas americanas no llegarían a conquistar el gran destino que la naturaleza les insinuaba.

Alentado por aquellos propósitos recorrió gran parte de los caminos americanos, tras la misión de encender luces, y así le vieron Venezuela, Nueva Granada, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. En todo suelo que pisaba fundaba escuelas, que tuvieron el lamentable destino del fracaso, gastado, quizás, por la incomprensión de las gentes y la esterilidad de los medios sociales que le determinaban el carácter a las jóvenes entidades políticas hispanas de nuestro Continente.

El más robusto y bien determinado intento educacional de aquel tiempo lo realiza nuestro visionario pedagogo en Chuquisaca, pero el establecimiento que fundara, pese a la acogida que le prestan las autoridades correspondientes, especialmente la protección emanada de Bolívar, concluyen en rotundo fracaso.

Los análisis derivados de las ideas pedagógicas sostenidas por el preclaro caraqueño, lo catalogan como reformador medular y precursor de lo que posteriormente se ha denominado Escuela Activa, innovador, al mismo tiempo, de visión tan extraordinaria, que si su pensamiento se hubiera acogido a normas de mayor practicismo, los pueblos hispanoamericanos estarían en capacidad de ofrecer un nivel político y social digno de parangonarse con las colectividades más cultas del mundo.

El excepcional educador soñó fundar una escuela *sui generis*, que debía actuar en armónico concierto de hogar y de república, ya que intentó hacer de los establecimientos escolares, talleres y cátedras de civismo al mismo tiempo, puesto que respon-

diendo a sus particulares conceptos pedagógicos, las escuelas debían enseñar a los futuros ciudadanos a ejercer un oficio y saber convivir en sociedad.

La enseñanza, por tanto, no debía depender de instituciones particulares sino estar regida y administrada por el Estado, con acción tan vasta que no escapara de su seno ningún ciudadano futuro, puesto que para cumplir dicha acción no habrían de tenerse en cuenta el origen de párvulos ni su situación económica. La educación sería amplia y uniforme para todos, es decir, dictada desde lo alto del poder, a fin de imprimirle mayor eficiencia y más profundo sentido de igualdad colectiva.

Rodríguez no perdía de vista la situación de abatimiento en que se encontraban en la fecha, como aún acontece en determinadas regiones americanas, las inmensas muchedumbres autóctonas.

Además de los conocimientos teóricos fundamentales, al niño habría que hacerlo dueño de uno o más conocimientos que lo capacitaran para imponerse en la vida, abriéndole paso al ansiado beneficio económico, del cual sería inexplicable prescindir, porque el bienestar del individuo forma parte resaltante de su destino social, con suficiente vigor para contener, en ciertos aspectos de la misma actividad del hombre, de las postraciones morales y de las irritantes dependencias sociales.

“Junto con el idioma, decía, han de ser enseñadas a los niños la lógica y las matemáticas, por la sencilla razón de que cuando el ciudadano lo hace pensando, hablando y calculando”, y para darle mayor definición a sus proyectos señalaba para los varones el aprendizaje de la albañilería, la carpintería y la herrería, porque con tales elementos, razonaba, dispone el hombre de aquellas cosas que le son más necesarias y, además, tales oficios sirven de basamento a otras actividades de naturaleza secundaria, que dividirían y subdividirían las actividades humanas, permitiéndole al hombre conquistar la subsistencia, libre de angustias y de sinsabores.

Había en el proyecto de Simón Rodríguez una concatenación de fenómenos que inducían al Estado a conjugar un elevado y certero ejercicio directivo sobre el ciudadano, desde la misma edad escolar hasta la etapa de ingresar al pleno adiestramiento funcional, con lo cual el Organismo estatal aparecía convertido en tutor permanente, no para sujetarlo a una situación de siervo ni para usarlo como instrumento explotativo sino para utilizarlo como defensor y sostén de la delicada concepción política y social denominada República.

Los niños agredados de las escuelas ya aludidas, una vez forjados en el molde de la ciudadanía, actuarían como factores creadores, ya en el cultivo de la tierra o en el impulso de la industria, sin dejar de ser atraídos por otros menesteres liberales, con cuya acción se lograría formar legiones de trabajadores, robustos núcleos creadores, conscientes de su gran deber ciudadano, útiles a la Nación al mismo tiempo de beneficiarse a sí mismos, nacía, por tanto lo que satisfactoriamente podría interpretarse como una aristocracia creadora y ennoblecedora.

Se hace oportuno asentar, en actitud, reiterativa, que ningún otro pedagogo americano previó antes que él, con más exacta claridad, la apreciación de los problemas sociales que después han venido a agitar al mundo. Fue exacta su visión, fueron diáfanos sus conceptos; pudo adivinar el porvenir y entender que sin la concordancia social podrían quedar superadas las necesidades futuras; las realizaciones

colectivas volcadas sobre un bienestar firme y creciente, porque en el andar de los siglos la humanidad requeriría de acción más extensa y firme, dentro de finalidades mejor conducidas hacia la búsqueda de objetivos preclaros y generosos. Adivinó también la participación necesaria y conveniente de la mujer, representante siempre de un extraordinario porcentaje humano, que sería absurdo desdeñar, porque en determinado tiempo la cooperación femenina habría de imponerse por requerimientos ineludibles, respaldado por lo físico, lo espiritual y lo intelectual.

Los apuntamientos descritos vienen a revelar que el esclarecido venezolano, soñador y en posesión de vigoroso intelecto, llevaba adscrito en su mente, un conjunto de principios que en el discurrir de los años han llegado a constituir programas fundamentales de renovación y medidas de tendencia social, auspiciados posteriormente por todos los credos políticos, cualquiera fuere la orientación a que se acojan; pero Rodríguez, más pedagogo que político, fijaba en la escuela la afirmatividad de tales principios, de manera que el ciudadano ahincara aquellas normas en práctica cotidiana, sin desviaciones dañinas al medio y a la sociedad en cuyo seno se actuara.

Rufino Blanco Fombona, en luminoso estudio consagrado al eminente educador y filósofo, asienta al respecto las apreciaciones siguientes: "Demócrata generoso como era, quiso Rodríguez que la instrucción, lo mismo que el sol, alumbrara para todos y cayera sobre las cabezas más impermeables".

Sumun del pensamiento sustentado por el acucioso analista quedaba recogido en la norma por medio de la cual quedaba reconocido que las escuelas y los colegios de la época no educaban ciudadanos sino que hacían letrados, a lo que habría que añadir, entre comillas, "que con escritores y literatos, lo mismo que con doctores no se forjan Repúblicas". Por lo tanto se hacía necesario innovar, transformando la vieja escuela heredada del régimen español, en un gimnasio, no sólo intelectual, sino moral, siendo así como la simiente de sus ideas podría encontrar fértil suelo en la conciencia del Libertador, quien al pensar en América y en su destino señaló como norma pública, sostenido con apasionante empeño, arraigar la moral y encender las luces fenómenos que constituiría para las jóvenes nacionalidades americanas, los meros y fundamentales requerimientos.